

» día » (8). Y lo hicieron como lo dijeron, á fuer de soldados españoles.

Antes que se definiese claramente el carácter de esta variación, el nuevo virrey invitó confidencialmente á San Martín á una entrevista entre dos jefes superiores por parte de cada ejército, con el objeto de « hallar un medio, que conciliase » y terminase las desavenencias entre españoles americanos » y europeos, lo que, según él, podría verificarse en término » de veinte y cuatro horas, si se obraba de buena fe para arreglar las bases esenciales ». San Martín contestó : « Tendré una satisfacción superior á cuantas he sentido en mi vida pública, si al fin se acierta con el medio de conciliar los intereses de los españoles con los derechos de los americanos, ahorrando las calamidades que á todos amenaza, si se abandona al orden lento de los sucesos, la obra que podrá muy bien acelerar la prudencia humana, ya que no haya un poder capaz de detener el impulso que los dirige ». Por parte de San Martín, fueron nombrados Guido y Alvarado, y por parte de La Serna, Valdez y el coronel Juan Loriga. Reunidos en la hacienda de Torre-Blanca (Retes) los jefes españoles, en nombre de las ideas liberales comunes á ambos mundos, renovaron las proposiciones de Miraflores un tanto modificadas, bajo la base de la aceptación de la constitución española. Los independientes declararon, que era inútil toda discusión que no partiese de la base del reconocimiento de la independencia del Perú, sobre la cual únicamente estaban autorizados á fijar preliminares de paz. Agotada la discusión, Alvarado, dirigiéndose á Loriga, le dijo : — Coronel : el señor Valdez y mi compañero Guido parecen más diplomáticos que nosotros : dejémoslos que discutan el tiempo que quieran, y vamos á dar un paseo por estas

(8) Camba : « Memorias », etc., tomo I, pág. 380.

inmediaciones. — Esta franca invitación fué bien recibida, y ambos salieron dándose el brazo. En el curso de la conversación que tuvieron, Loriga, ó por cálculo ó con la franqueza que le era genial, manifestó á Alvarado : — que era posible que muy pronto abandonasen la ciudad de Lima, para trasladarse á las provincias de abundantes recursos y temperatura sana de la sierra, contando que, en cuatro ó cinco meses más batirían con ventaja á los independientes donde quiera que éstos los buscasen. — Esta confidencia, fué el único resultado de la entrevista (9).

Á pesar de esto, las aberturas pacíficas hechas por el gobierno constitucional de España, hicieron concebir la esperanza de un acomodamiento sobre la base de la independencia de las colonias insurreccionadas con el consentimiento de la metrópoli y con el concurso de liberales españoles en América, mediante una combinación monarquista, tal como se operó en el Brasil y en Méjico, — según se explicará luego, — creyéndose posible se efectuara igualmente en el Perú. De aquí provino el acercamiento pacífico de independientes y realistas en Colombia, en Méjico y el Perú, y las negociaciones sobre la base independiente y monárquica de que se dará cuenta en este capítulo.

### III

La variación en el mando no mejoró la condición de los realistas, ni la guerra fué dirigida por el momento mejor que

(9) « Memoria hist. biog. » de Alvarado. M. S. Arch. San Martín ; vol. LXXII. — Cartas cambiadas entre La Serna y San Martín en febrero de 1821, y ofi. de los comisionados Guido y Alvarado, de febrero 23 del mismo año. Véase Col. de « Docs. Hists. » de Odriozola, t. IV, páginas 243-245.



antes. Por el contrario, nuevas calamidades vinieron á reducir á la última impotencia al ejército de Lima, y el nuevo general cometió los mismos errores militares de su antecesor, difundiendo el descontento entre sus mismos partidarios y el desaliento entre los realistas. El hambre y la carestía acreció en la población. Para colmo de males, la peste endémica del país en la región de la costa, se declaró en el campamento insalubre de Asnapuquio con los caracteres malignos de la fiebre amarilla. El ejército realista llegó á tener 20 muertos por día y como 3,000 enfermos. La imposibilidad de sostener por más tiempo la capital se hizo evidente. Evacuarla, era la idea de La Serna desde antes de asumir el mando, como único medio de hacer la guerra con ventaja, según Loriga lo había manifestado á Alvarado; pero aun para esto mismo tropezaba con dificultades y encontraba resistencias entre sus subordinados. Á esto vino á agregarse la llegada de un comisionado regio con instrucciones pacíficas, que retardó la resolución salvadora para sus armas. Mientras tanto, movía sin concierto sus divisiones de la costa á la sierra ó las reconcentraba en Lima, ora ensanchando por demás el círculo de sus operaciones, ora circunscribiéndolas en el estrecho espacio en que las enfermedades, el hambre y la desmoralización le hacían experimentar más pérdidas que las que hubiese tenido en una batalla campal.

La situación del ejército independiente en Huaura, no era mejor. Allí también se había declarado la peste, á punto de hallarse imposibilitado de resistir al más ligero ataque que le hubiese llevado el enemigo. « Mil quinientos enfermos, es » cribía San Martín á O'Higgins, y otros tantos convale- » cientes, es el estado del ejército » (10). Apenas mil hom-

(10) Carta de San Martín á O'Higgins de abril de 1820, apud. Mackenna « El Gral. San Martín », pág. 33.

bres podían sostener las armas en la mano. Hubo día de morir 100 soldados. Algunos batallones quedaron en esqueleto (11). El general, al levantarse de la cama después de siete días de enfermedad, exclamaba: « Mi salud está » muy abatida: creo con evidencia, que si continúo así, » pronto daré en tierra » (12). Pero si su cuerpo estaba débil, su espíritu estaba fuerte, y su genio militar y político vigoroso aún. San Martín, en esos momentos, según el elocuente testimonio de los contemporáneos peruanos, « sostenía el ca- » dáver de su ejército desaparecido al rigor del clima, no » teniendo soldados ni para el relevo de sus puestos avan- » zados » (13). Uno de sus generales, recordando estos tristes días, escribía veinte años después: « Nunca San Martín » mostró más genio que entonces: ora inundando á Lima y » sus alrededores de guerrilleros; ora ocultando al enemigo » nuestra positiva debilidad; ora emprendiendo campaña » sobre la sierra con espectros en lugar de hombres; ora » expedicionando sobre la costa; ora en fin, con la negocia- » ción y la intriga que dió tiempo para superar aquella es- » pantosa situación. Jamás en ocasión alguna le encontré » tan grande » (14).

En estas circunstancias arribó al Perú el capitán de fragata Manuel Abreu, encargado por el gobierno constitucional de España de buscar un acomodamiento pacífico. El comisionado, hombre de cortos alcances y poca discreción, desembarcó

(11) « Mem. hist. » del general Alvarado. (Arch. San Martín, vol. LXXIII. M. S.)

(12) Carta de San Martín á O'Higgins de 3 marzo 1820, apud. Vicuña Mackenna: « Gral. San Martín », pág. 34.

(13) « Impugnación al artículo contra el fundador de la libertad del Perú, inserto en el núm. 5 de la *Abeja Republicana* », pág. 11. Este testimonio fué dado por los peruanos, cuando San Martín estaba caído.

(14) Carta del general Alvarado de 1.º de setiembre de 1863, pub. en facsímile en « Autógrafo Americano », sección 1.ª, por Lagomaggiore.



en Payta, llegó al campamento de Huaura el 25 de marzo (1821) donde fué recibido con todos los honores de embajador regio, y cordialmente obsequiado. En los cuatro días que permaneció allí, tuvo largas conversaciones con San Martín, y concibió por él una grande admiración. Trasladado á Lima, hizo sin rebozo los mayores elogios del general americano y de sus jefes, insinuando que los realistas del Perú tenían la culpa de la obstinada continuación de la guerra. Los realistas tomaron á mal estas expansiones; pero obligado el virrey á cumplir las órdenes de su gobierno para abrir negociaciones con los insurrectos, hubo de suspender por el momento su resolución de evacuar Lima, y dió el primer paso, invitando confidencialmente á San Martín á fin de « nombrar » comisionados y trazar las diferencias pendientes entre « los disidentes, y restituir á los países americanos su antigua tranquilidad, ganando en felicidad » (abril 9). San Martín contestó lacónicamente que « transigir las diferencias » entre españoles y americanos, era un asunto de tanta gravedad, que debía proponerse oficialmente, sin cuyo requisito adolecería de nulidad la negociación que se entablase » (abril 15).

Al mismo tiempo que iniciaba esta nueva campaña diplomática, abría dos campañas militares sobre la sierra y sobre la costa, y preparaba una cuarta sobre Lima con el esqueleto de su ejército diezmado por la epidemia. Desprendió una columna á cargo de Miller, que hizo embarcar en la escuadra, para que abriese hostilidades bajo la dirección de Cochrane. Comprendiendo que había cometido un error al abandonar la sierra, y á fin de salvar sus tropas de las fiebres que las devoraban, dispuso que otra fuerte columna al mando de Arenales, recuperase el terreno perdido en la cordillera central. Con el resto, estrechó el asedio de Lima.

Seguiremos á San Martín en este nuevo avance, dejando para después ocuparnos de la expedición Miller y de la se-

gunda campaña de Arenales sobre la sierra, á fin de no interrumpir la unidad del relato, y continuar con las negociaciones que se abrieron en consecuencia de la llegada del comisario regio.

El ejército independiente levantó su campo de Huaura (abril 27). Tres batallones con 6 piezas de artillería embarcáronse en una caleta cerca de Huacho, con San Martín á la cabeza. Dos batallones con un regimiento de caballería se situaron á la defensiva á retaguardia de Huaura entre los ríos Supe y Barranca, con los hospitales, el parque y la maestranza, fuera del alcance del ejército de Lima, con orden de replegarse á la sierra del norte caso de ser atacados por fuerzas superiores. Un regimiento de caballería cubrió las avanzadas ganando terreno (15). El general se presentó frente á Lima con los transportes que conducían su división, y después de practicar reconocimientos á lo largo de la costa, fondeó en Ancón, amagando un desembarco, en actitud de llevar un ataque combinado por el sud, por la cordillera, por la costa y por el pie de la sierra, sin dejar entrever el punto por donde pudiese emprenderlo. Dando vuelo libre á su caballería, engrosada con las bien organizadas partidas volantes de las guerrillas del país, dueñas de todas las quebradas inmediatas al oeste de Lima (á 30 kilómetros de distancia), encerró al enemigo dentro de sus murallas y lo redujo al pequeño triángulo comprendido entre la ciudad, el Callao y la posición de Asnapuquio. Con motivo de este despliegue fantasmagórico, que hirió la imaginación de los realistas, y le dió desde luego el predominio moral, dice un testigo presencial: « El general » San Martín poseía los más originales recursos para producir

(15) Instrucciones que deberá observar el comandante general de Huaura, y plan de campaña á que deberá arreglarse, con clave y plan de señales, de 22 de abril de 1821. (Arch. San Martín, vol. LX). M. S.



» entre los enemigos cuantas ilusiones y cuidados quería, y  
 » es difícil explicar hasta qué punto llegaba su extraordina-  
 » ria habilidad en esta parte » (16).

Bajo estos auspicios se abrieron formalmente las negocia-  
 ciones pacíficas iniciadas por el virrey, de acuerdo con el  
 comisionado Abreu.

#### IV

El envío del comisionado regio al Perú, no es un hecho  
 aislado: era la inauguración de una nueva política conciliatoria  
 de la España para con sus colonias insurreccionadas, impuesta  
 á la España por su nueva situación después del movimiento  
 liberal de 1820. Desde entonces, los rebeldes ó insurgentes de  
 ultramar, fueron calificados de meros disidentes y reconocidos  
 como beligerantes, en nombre de un derecho solidario. Esta  
 política fué inaugurada por la famosa proclama-manifiesto de  
 Fernando VII á los americanos, dictada por los constitucio-  
 nalistas triunfantes. « La triste experiencia de seis años, —  
 » son las palabras del rey — y el clamor de sus demostra-  
 » ciones enérgicas (la insurrección en América y la revolu-

(16) Arenales: « Mem. Hist. », pág. 61. — Un enemigo de San Mar-  
 tín, y que tenía profundos resentimientos personales con él, además de  
 ser partidario de Bolívar, el coronel Hera (el que denunció la conspira-  
 ción de los jefes de los Andes en Lima), hace á este respecto el siguiente  
 retrato de él: « San Martín conocía perfectamente la guerra que hacía  
 » y obraba en consecuencia; es sagaz con el pueblo, trata bien al soldado,  
 » es ecónomo de las rentas, fecundo en arbitrios, y más fecundo todavía  
 » para alucinar cuando le interesa. Á este don de la naturaleza, más que  
 » á su saber, que es menos que común, debe los sucesos y la fama que  
 » ha obtenido. Guarda una profunda reserva en sus providencias, digni-  
 » dad en su comportamiento y es muy contraído al trabajo. » (V. « Me-  
 morias de O'Leary », t. II, pág. 169.)

» ción en la Península), había convencido á todos, que el  
 » régimen incautamente reinstalado en 1814 (el absolutismo)  
 » acumulando los males, obligaba á retroceder en el camino  
 » tomado entonces. » El soberano, así convencido por la  
 triste experiencia y las demostraciones enérgicas de ambos  
 hemisferios, declaró que « los americanos-españoles, extra-  
 » viados en la senda del bien, tenían al fin lo que buscaban  
 » por medio de la guerra, que no había producido sino  
 » desolación y lágrimas ». En consecuencia, los invitaba á  
 tratar de la paz con sus hermanos libres de la metrópoli,  
*como iguales suyos*. Pero al considerar en tales términos  
 el absolutismo á los americanos en su resistencia y darles  
 la razón, el rey sólo les ofrecía el goce común de la constitu-  
 ción de 1812, rechazada por ellos aun antes de declarar su  
 independencia, « para que renaciesen, decía, las relaciones  
 » de tres siglos y las que reclamaban las luces del siglo ». Terminaba con la amenaza de la indignación nacional y el  
 sometimiento por la fuerza en caso de ser desoído este  
 paternal llamamiento á la concordia (17). Este soplo de paz  
 que atravesaba los mares, debía dar nuevo pábulo á la  
 guerra.

Los liberales españoles, que desde 1810 á 1814 tan desacer-  
 tadamente manejaron las relaciones de derecho entre la me-  
 trópoli y sus colonias, al tratarlas como á rebeldes y declarar-  
 les la guerra, cuando éstas aun no habían salido del terreno  
 legal en que ellos mismos se colocaron, olvidaban, al inau-  
 gurar esta falsa política, las lecciones de la experiencia por  
 ellos invocada y la filiación de los hechos de que eran au-  
 tores, así como sus consecuencias fatales. En 1820, preten-  
 dían traer á los americanos á la obediencia bajo el imperio de

(17) Proclama-manifiesto del rey Fernando VII á los habitantes de  
 ultramar, de abril de 1820, en Madrid.



la constitución española, cuando su mala aplicación y su abrogación antes, y su restablecimiento revolucionario después, al dar vuelo á su revolución, había colocado la cuestión en el terreno de la independencia ó de la continuación de la guerra. Al proceder tan ilógicamente respecto de los americanos, desconocían, que la revolución liberal, al reaccionar contra la política guerrera del rey absoluto por ellos iniciada, había desarmado á la España respecto de sus colonias insurreccionadas, y que la separación entre ellas y la madre patria era por consecuencia un hecho á que habían concurrido. Así, esta nueva política, en apariencia pacífica, implicaba la continuación de la guerra en condiciones aun más desventajosas para la España, una vez destruido en 1820 el gran armamento de Cádiz destinado á subyugar de nuevo la América.

En virtud de esta política artificial sin plan y sin alcance, se iniciaron las negociaciones de Miraflores entre el virrey Pezuela y el general San Martín al tiempo de la expedición libertadora del Perú, de cuyo fracaso hemos dado cuenta. Perseverando en ella, sin atinar á colocarse en equilibrio en un terreno firme, el gobierno español agravó la situación y provocó la crisis que procuraba evitar ó retardar.

En su proclama-manifiesto, Fernando VII había anunciado á los americanos, la próxima reunión de las cortes constitucionales, que « iban á salvar el Estado y á fijar para siempre » los destinos de ambos mundos ». En ellas se dió una representación supletoria á las provincias americanas, menor aún que la que habían tenido en 1812, contra la cual reclamaron en vano los mismos designados para representar el papel de comparsa colonial. El primer acto de estas cortes así compuestas, fué una amnistía para la América rebelde ó disidente, seguida de la negativa de la libertad comercial en las colonias, como lo había hecho la regencia liberal de 1811. (Cap. I, § XIII). El envío de mensajeros de paz, para tratar de igual

á igual con los insurrectos, bajo la base de la unión constitucional de ambos mundos, fué el segundo acto de esta política incipiente, sin resolución y sin objetivos claros. Esta medida produjo los resultados más extraños y contradictorios. En unas partes, rompió las treguas pasajeras anteriormente ajustadas en virtud del llamamiento del rey, rehuendo la cuestión que debían resolver; en otras, desautorizó á las autoridades coloniales encargadas de mantener el predominio real, y llegó el caso de que, los comisionados, que tenían por misión convertir á los rebeldes á la obediencia, se convirtieron á la causa de la independencia. Así se reabrió la guerra y se afirmó la revolución por la independencia, con el concurso indirecto ó directo de los mismos pacificadores, como va á verse.

## V

Un mes después de denunciado por San Martín el armisticio de Miraflores, y abierta la campaña libertadora del Perú, Bolívar firmaba en Colombia un armisticio con Morillo, como preliminar de paz entre los beligerantes (26 de noviembre de 1820). Munido el general español de Costa Firme, de las mismas autorizaciones que el virrey del Perú al abrir las negociaciones de Miraflores con arreglo á la proclama-manifiesto del rey, se dirigió al Congreso independiente de Venezuela « pro- » poniendo una suspensión de hostilidades á fin de realizar » la paz y la reconciliación entre los hermanos libres de la » opresión » (12 de junio de 1820). El congreso resolvió (julio 13) que estaba dispuesto á oír proposiciones de paz, siempre que ellas tuviesen por base el reconocimiento de la soberanía é independencia de Colombia. Después de largas contestaciones, firmóse en Trujillo en nombre de « los go-